Benjamín y las palabras

John Keats

A Benjamín le encanta leer, más que comer o jugar. No hay nada que le agrade más que leer y leer. Benjamín creció sin lujos, nada más que con lo suficiente para no morir de hambre. Su infancia fue un período lleno de pobreza e ignorancia, pero Benjamín fue terriblemente feliz.

Recuerdo cuando Benjamín era niño. En una ocasión, en segundo año de educación primaria, un grupo de personas ingresó al salón de clases y colocó unas cajas al frente. Les dijeron, a los alumnos, que les iban a vender una historieta que trataba sobre la vida de Sor Juana Inés de la Cruz. Esa historieta sólo era para los alumnos de 4º, 5º y 6º pero por algún motivo no todos quisieron comprarla y los señores la fueron a vender a los demás grados.

La historieta costaba $ 1 000, era el año 1995, eran de esas monedas grandes y amarillas que tenían precisamente a Juana de Asbaje. Benjamín pensó qué hacer; pues únicamente contaba con una moneda, podía comprarse una gran bolsa de chetos con mucha salsa, o ir a las maquinitas un par de horas. Por una razón inexplicable Benjamín se levantó de su butaca, sacó la moneda de su bolsillo, contempló el rostro de la Madre Juana, y se la entregó a los señores que le dieron a cambio la vida de Sor Juana. Benjamín tomó la historieta y la guardó muy bien en su mochila. Sentía mucha vergüenza porque fue el único que adquirió la historieta y todos los niños lo observaban con ojos que desaprobaban su acción.

Benjamín se quedó sentado en su banca sin saber qué había pasado, sin saber por qué había decidido comprar la historieta. Al salir de clases le contó a su madre lo que había hecho con su dinero y que había decidido quedarse sin comer una exquisita bolsa de chetos a cambio de leer la vida de Sor Juana. Su madre no lo podía creer y se disgustó porque Benjamín se había quedado sin comer. Era tanta la pobreza e ignorancia en la que vivían que su madre pensaba que una bolsa de chetos era fuente de alimentación.

Al llegar a casa Benjamín comenzó a leer la historieta y estas palabras lo deslumbraron: “Sor Juana Inés de la Cruz bebe su inspiración de la fuente poética de Quevedo, Góngora, Lope de Vega y Calderón de la Barca”. Benjamín no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor, se quedó pasmado pensando qué podían significar aquellas palabras. No tenía la más remota idea de lo que podía significar la frase “fuente poética”. Cuando Benjamín leía le parecía que soñaba y se transportaba al país habitado por las palabras, palabras que no entendía pero que le brindaban calma, alegría y asombro.

Esa historieta maravilló por completo a Benjamín, y siendo niño no sabía si aquello era un invento o había sido verdad. Benjamín quería conocer a personas como Juana de Asbaje. Quedó impresionado con los paisajes que aparecían en la historieta, eran hermosos. Para él aquel era otro idioma. Benjamín sólo conocía las groserías y los insultos como forma de conversación, si acaso aquello era real debió acontecer en un lugar muy lejano, en un lugar llamado fantasía. Es lo que pensaba Benjamín.

Benjamín siguió leyendo y se detuvo ante las siguientes líneas: “¿Por qué no comes queso, Juana, si tanto te gusta? Porque dicen que atonta, abuelo que enmohece el pensamiento”. Benjamín rio mucho y se retorció de alegría.

Benjamín leyó: “A los tres años aprendió a leer y a escribir”. Y más adelante: “¡Los poetas latinos! Debo leerlos todos”. Benjamín se sintió muy triste porque el tenía casi ocho años y sabía leer, pero no entendía gran cosa, para él eso no era saber leer. Benjamín quería comprender el significado de las palabras y al enterarse que Juana Inés aprendió a leer y a escribir a los tres años sintió unas ansías infinitas de comprender aquellas palabras que tanto lo inquietaban.

En su casa no había libros, únicamente contaba con su historieta y con los libros de texto que le habían dado en la escuela. Para él eso era más que suficiente. Pero después de leer esto su idea sobre los libros cambió para siempre: “Los libros permanecen siempre a nuestro lado. Un libro no muere, jamás nos deja.” Benjamín se entristeció por no contar con libros, ni con los medios necesarios para poder adquirirlos. Se consolaba imaginando que estaba en la biblioteca del abuelo de Juana Inés leyendo entre sus manos aquellos bellos objetos que sólo había visto en imágenes, pero nunca de manera física.

Aquí otro pasaje que le quitó el aliento a Benjamín y lo transportó a un mundo muy diferente al que habitaba en su vida cotidiana: “Decirte que nací hermosa presumo que es excusado; pues lo atestiguan tus ojos y lo prueban mis trabajos”. Tampoco logró comprender que querían decir esas palabras, pero para él las palabras le aportaban migajas de alegría dentro de tanta agonía causada por la pobreza y el entorno tan violento y cruel en el que habitaba.

Estas son las palabras favoritas de Benjamín: “hacéis”, “versificáis”, “recibiréis”, “asistiréis”, “lisonjas”, “decís”, “concededme”, “pasad”, “divirtáis”, “debéis”, “escribiérais”, “acabaréis”, “filibusteros”, “rapiña”, “nefastos”, “degollado”, “chahuixtle”. Palabras que nunca había escuchado y se preguntó: ¿En dónde habitan las personas que se expresan con estas palabras? Benjamín se quedaba con la mente en blanco y la mirada perdida en el vacío y volvía a pensar que aquello era sólo un cuento y que no había persona en el mundo que hablara de esa forma.

Benjamín continuaba con su lectura de la vida de Juana Inés y cada línea que leía le aportaba alegría y satisfacción: “Llego, en efecto, el Sol cerrando el giro que esculpió de oro sobre azul zafiro: de mil multiplicados…” Para Benjamín era como aprender otro idioma, el suyo; lleno de insultos y groserías no le gustaba. “De aquella fatal tijera, sonaban a mis oídos, opuestamente hermanados, los inexorables filos.” Benjamín lloraba al escuchar frases tan hermosas, que sus oídos le decían que eran algo sorprendente, aunque su cerebro no lograba comprenderlas.

“De la beldad de Laura enamorados los cielos la robaron a su altura, porque no era decente a su luz pura ilustrar estos valles desdichados.” Benjamín quería hablar de esa forma, y más aún, quería que los insultos de sus padres dejaran de serlo para convertirse en estas bellas palabras.

Aquel espacio envuelto en palabras le permitía olvidar su entorno lleno de violencia y lo sumergía en una tierra fantástica habitada por las palabras. La lectura de la historieta le hizo comprender que hay otras formas de vida y eso lo motivó a querer abandonar su vida cotidiana llena de violencia para acceder a ese mundo del que trataba la historieta.

Gracias a esa lectura Benjamín es muy distinto, el niño que fue ya no está. Es tan distinto que parece que un ser extraño lo ha invadido y ha aniquilado al niño que se venía formando dentro de él.

Benjamín se convirtió en un aprendiz de las palabras. El universo de las palabras muy probablemente evitó que Benjamín se convirtiera en un suicida, o en un vulgar ladrón, o en uno de esos tipos que maltratan a las mujeres.

Gracias a esa pequeña historieta Benjamín llegó a un lugar llamado fantasía, habitado por las palabras que le ayudaron a crecer y a convertirse en una persona tolerante, amable, respetuosa y llena de alegría. Todo ello con la ayuda de Juana Inés de Asbaje y la historieta: “Sor Juana Inés de la Cruz. Tres Siglos de Inmortalidad”.